

POLICARPO VARÓN*

REFLEXIONES DE UN CUENTISTA AMATEUR

Nací en 1941 en Ibagué, departamento del Tolima, Colombia. Mucho tiempo he pensado que los pavorosos prejuicios religiosos, de bandera partidista y culturales vividos por Colombia durante mi infancia y mi adolescencia afectaron mi psiquismo y mis comportamientos hasta hoy. Mi principio activo—quiero decir, mi capacidad de elegir, de amar, de negar y de afirmar—los aprendí en la casa paterna (ahora se diría la casa materna). Hice mis estudios básicos, primarios y medios en instituciones públicas y privadas. Los secundarios con una beca que me dio el General Gustavo Rojas Pinilla. A los 18 años dejé el Tolima por Medellín para terminar la secundaria.

En 1962 llegué a Bogotá donde, salvo algunos pocos viajes al exterior, he pasado 40 años. Mi título medio es en educación y, con un retraso pedagógico de más de 20 años, volví a las aulas a lograr un título universitario. Soy, mire usted, Licenciado en Ciencias de la Educación (especialidad Español e Inglés).

Por mis estudios, mi primer trabajo fue de maestro de escuela. Pero renuncié a la ardua docencia en 1973 para dedicarme a la literatura, un anhelo... vehemente... que me había perturbado, creo, desde el Tolima. Otros trabajos son los de catedrático universitario—de Literatura—de periodista cultural y de conferencista.

Imagino que mi padre, que el colegio medio, o algunos amigos me enseñaron a leer. En la adolescencia pensaba que los escritores, que la literatura, me concernían. La cualidad esencial de mi educación es literaria (estética).

En Medellín escribí algunos primeros textos. Aquí en Bogotá empecé a escribir cuentos, en los sesentas, y ése es mi único género, si puedo decirlo. Soy esencialmente un amateur, que lee mucho, oye música, privilegia el ocio, los deportes, la comida, el alcohol y la soledad y, ocasionalmente, compone con mucha dificultad, un cuento. Como todo escritor, he publicado textos “laterales”: reseñas literarias, Pedagogía, la visión general de algún escritor admirado, opiniones periodísticas—con el fin, necesario, de ganar algún dinero.

Me han editado tres libros de cuentos cuyos títulos son: El festín (1973), El falso suelo (1979) y Jardín del Intérprete (1997), además de una miscelánea (incluye cuentos) titulada La magnífica tragedia (1986).

Equilibristas es mi cuarto libro de cuentos. Antólogos de Colombia, de Uruguay, de Cuba, de México, de Alemania, de Francia, de Gran Bretaña, de Estados Unidos y de Egipto han compilado antologías de cuentos hispanoamericanos y colombianos que incluyen mis cuentos. Los compiladores casi siempre han

* Escritor

privilegiado El festín, de 1966, unas de mis primeras invenciones. Lo compuse y recompuse varias veces hasta encontrar su tratamiento verbal, su entonación necesaria en la tradición latinoamericana y en los particularismos lexicales y sintácticos del Tolima de los cuarentas y cincuentas.

Escribiendo mi segundo libro, El falso sueño, comencé a meditar en el principio activo de mis cuentos: lenguaje, estructura, argumento. Creo hoy, agosto de 2000, habiendo ya terminado Equilibristas, que en mis cuentos privilegio el lenguaje y el argumento—no la trama ni el desenlace. De una anécdota, situación o imagen que reveo o recuerdo, aquello que constituye el estímulo inicial de mis cuentos, busco elaborar la ficción, “la poesía activa”. Esto lo logro estudiando y desdoblado la anécdota, la situación o la imagen que inicialmente me han conmovido, con la cándida esperanza de que el lector encuentre una parábola general de la vida o del hombre.

Pienso, pues, que nuestro quehacer es estético y ético. Pienso, también, que la literatura es una pasión no una ascesis. Que escribir es placentero como vivir, beber, comer o convivir con las mujeres; que la poesía es epocal, que no hay libros perfectos, que todo texto es provisional, que siempre es posible otra versión de un libro y que, por eso, la poesía es transitoria: los géneros son transitorios. La ficción y la forma permanecen, los géneros no. Pienso que la búsqueda de la unidad estética es quizá inaplazable. A veces se me ocurre que aquello que perdura es la vida, el deseo de vivir del hombre.

En esta difícil tarea, me han ayudado muchos amigos escritores: en mi adolescencia, Gustave Flaubert, Oscar Wilde, Stendhal, Guy de Maupassant, José Asunción Silva, Porfirio Barba Jacob, Rubén Darío (Azul) y otros tantos memorables amigos, colombianos y foráneos, que la literatura me ha dado. Acaso la convicción general asegure que las primeras lecturas son centrales en la educación de una persona.

En mi juventud: la novela, el cuento y la poesía modernos, la música, el cine, y los amados autores que releía, que encarnaban para mí la literatura o el sentido de la vida y del hombre: Jorge Luis Borges, Henry James, Charles Baudelaire, Joseph Conrad, Malcolm Lowry, Jorge Gaitán Durán, la poesía de Álvaro Mutis, la narrativa de Carlos Fuentes, la de Mario Vargas Llosa, Rayuela y los cuentos de Julio Cortázar, la narrativa de Juan Goytisolo, las coplas, los cuentos y las novelas de Manuel Mejía Vallejo, los cuentos de Ernest Hemingway, la poesía latinoamericana, José Donoso (¿la impersonalidad?), Adolfo Bioy Casares, Virginia Woolf, Natalia Ginsburg, Hernando Valencia Goelkel y tantos memorables amigos que la literatura universal me ha dado...

En mi madurez, supongo que debido a mi sicología o a mi tarea docente, me visita una afición inepta, bête: leo ensayo—historia, sicología, cultura—, releo menos poesía y menos cuento, y sólo de vez en cuando una novela. Distrayo mi aburrimiento, mi fatiga o mis ignorancias leyendo periodismo, semanarios, deportes, viendo televisión...

De pronto, como si me visitara la felicidad, la culpa o la nostalgia, busco a mis amados poetas: Apollinaire, Whitman, Garcilaso, Cernuda, Rimbaud, Rilke, Baudelaire, Cavafis, Aurelio Arturo, Drumond de Andrade (este año leí por primera vez *La poesía ignorada y olvidada*, de Jorge Zalamea), los amados cuentistas. Releo los fragmentos de Séneca, de Nietzsche, releo la gnómica, las Máximas de La Rochefoucauld, que descubrí en la Biblioteca Departamental de Ibagué en mi adolescencia, releo filosofía, releo poesía colombiana...

Y, claro, reencuentro la poesía y los cuentos de los escritores más cercanos a mí por época y sensibilidad: José Emilio Pacheco, Nicolás Suecún, Antonio Skármeta, Antonio Cisneros, Germán Espinosa, Darío Ruiz Gómez, Mario Rivero, Víctor López Rache, María Mercedes Carranza, Osvaldo Soriano, Julio Ramón Ribeyro, Julio Ortega, Juan Manuel Roca, José Carlos Becerra, Roberto Ruiz Rojas, Juan Gustavo Cobo Borda, Germán Santamaría y otros... Lo hago para no sentirme solo, usted adivina. Para confortarme con tantos memorables, queridos amigos que la literatura me ha dado...

Vivo solo desde hace algunos años, intentando aclimatarme en la soledad (no en el silencio); pero en la exaltada y perseverante tarea que ha sido mi vida y mi educación me han ayudado mis padres, mi esposa, mis hijos Germán y Daniel, mis cuatro hermanos, mis nietas, mi nuera, los médicos—porque todos nos parecemos al equilibrista y a veces estoy a punto de caer—las mujeres y algunos maestros...

Títulos publicados por Policarpo Varón:

El festín. Medellín: Editorial Oveja Negra, 1973.

El falso suelo. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

Jardín del Intérprete. Bogotá: Editorial Magisterio, 1997.

La magnífica tragedia. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1986.